

# Elogio de la oración interactiva

Rafael de Andrés, S.J.\*

## Elogio de la oración

**S**I la religión es una religación con Dios, la oración constituye un elemento esencial de las relaciones entre el ser humano y la divinidad en todas las religiones de ayer y de hoy. Hay muchas clases de oración: contemplativa, de alabanza, de meditación, de petición. El creyente no puede renunciar a ninguna de ellas. Tiene que sumergirse en la nube del misterio de Dios para conocerle cada vez mejor. Tiene que cubrir gozosamente su cuota de alabanza por las grandezas encerradas en la personalidad maravillosa de Dios. Tiene que cantar con agradecimiento los beneficios recibidos de Dios con el regalo de la vida y la red de providencias tejida hasta el momento presente. Tiene que meditar sobre las relaciones esenciales del hombre con Dios: el porqué y el para qué de la vida humana. Tiene

\* Director nacional del APOR (Apostolado de la Oración). Madrid.

que participar activamente de la oración litúrgica, sobre todo en la Eucaristía, orando en plural con la comunidad eclesial.

El creyente ha de convalidar la oración, porque vivimos en una civilización secular que ignora y hasta menosprecia las relaciones directas con el cielo, argumentando que la mayoría de edad y la responsabilidad del ser humano actual le hacen independiente de Dios. Rezar significaría seguir en el régimen del adolescente que necesita de su padre, mientras hacerse adulto es soltar las amarras de la oración para navegar por cuenta propia, como quien se emancipa del hogar paterno para formar su propio hogar. Pero esa argumentación es falaz, porque el ser humano, por muy mayor que sea, podrá independizarse económica y laboralmente de sus padres, pero nunca de las relaciones filiales que le unen con sus progenitores de por vida. Ser adulto en la fe no significa prescindir del Absoluto, de quien siempre dependemos esencialmente como criaturas contingentes.

Más aún, en contraste con una cultura profana, que prescinde de la oración y de lo religioso en general, simultáneamente se da en nuestros días un surgir de métodos de oración importados del Oriente. El ejecutivo agresivo, que no tiene ni una línea libre en su agenda, y que tiene que recurrir al teléfono móvil para aumentar su tiempo útil mientras conduce o viaja en avión, está sintiendo en todas partes la necesidad de hacer un hueco en su mundo ruidoso y frenético, para retirarse a pensar y meditar y hallar esa paz que no se encuentra en las discotecas ni en los negocios.

Creo que bastan estas pinceladas para demostrar que la oración tiene cabida en este mundo inmanente y secularizado, sin horizonte trascendente, con mirada miope de tejas abajo.

### Elogio de la oración de súplica

**P**ERO, además de apreciar y practicar las diversas clases de contacto con Dios, el creyente no puede prescindir de la oración de petición, menospreciándola como si fuera de una categoría inferior. Hemos de revalidar nuestro aprecio por la oración de súplica, porque hoy se argumenta filosóficamente que la petición es inútil para cambiar la voluntad eterna de Dios. ¿Cómo puede una oración elevada al cielo desde cualquier página del calendario temporal influir en las decisiones divinas adoptadas en su eternidad? Pero esa argumentación no tiene en cuenta que la eternidad no es un pasado estático intangible, sino un presente dinámico en el que entra toda la historia como uno de sus componentes. Cuando Dios

determina algo eternamente tiene en cuenta las peticiones que le formulamos durante el tiempo. Eso no va contra su omnipotencia, sino a favor de su omnisciencia. Influidos en Él porque Él se deja influir.

Pero, más importante que certificar la carta de actualidad de la oración de súplica, interesa repasar sus características para recordar que tiene eco en el cielo, en el corazón de Dios, que no son palabras vacías que rebotan como una pelota en el frontón de la nada.

La oración de súplica tiene mala literatura, porque se la considera utilitarista, centrada en un catálogo de peticiones al cielo para resolver problemas materiales: salud, éxito en un examen, hallazgo de un objeto perdido, suerte en los negocios, y un largo etcétera.

Pero, sin descartar absolutamente ciertas peticiones de tejas abajo, defendemos la plegaria de petición dirigida a objetivos espirituales. Si repasamos las peticiones del Padrenuestro, paradigma de oración acuñada por Jesús en persona, veremos que todas sus peticiones tienen como meta bienes espirituales. Por lo que se refiere a la primera parte: la gloria de Dios, la venida de su reino, el cumplimiento de su voluntad. En cuanto a la segunda parte en la que formulamos peticiones para nosotros, también son de tipo espiritual: el perdón de nuestras ofensas, la defensa ante las tentaciones y la liberación del mal espíritu.

Alguien podría objetar que me he saltado la primera petición de la segunda serie: la del pan, que es bien tangible y material. Pero no es tan claro que se trate del alimento físico. En la versión de Lucas, Jesús nos manda pedir «el pan del mañana», que se refiere claramente al que Dios nos repartirá en rebanadas infinitas en la mesa celestial: pedimos el pan de la salvación, del banquete de la felicidad eterna. Le pedimos a Dios que nos lo haga gustar ya desde ahora. Cuando Jesús nos incita a la oración de súplica, nos pone como ejemplo a una persona que pide pan a su vecino, para atender a un huésped llegado por la noche; y nos argumenta que si el padre de familia accede a la petición del vecino inoportuno, mucho más el Padre celestial dará ¡el Espíritu Santo! —no el pan— a quien se lo pida.

Bien es verdad que, frente a esta interpretación espiritualista de Lucas, Mateo nos habla de pan material, lo mismo que en el Padrenuestro. Pero incluso en esta hipótesis de que Jesús nos hace pedir al Padre pan y favores materiales, mi tesis es que se trata de súplicas espirituales. ¿Por qué? Porque en el caso del Padrenuestro pedimos «el pan nuestro», el de todos, también el de los hambrientos; y si pedir el pan propio es una petición material, pedir el pan ajeno es una petición espiritual, porque se trata de una plegaria nacida de la solidaridad, del sincero deseo de satisfacer el hambre de los necesi-

tados. Y en el caso del vecino que pide pan para su visitante nocturno, también es una petición espiritual en su origen, aunque tenga como objetivo atender materialmente a un amigo.

### Elogio de la oración de súplica interactiva

**P**ERO hay una vertiente de la oración petitoria que no he visto tratada en ningún libro de oración, y que considero de una importancia capital. En primer lugar, para quitar a la plegaria el sambenito de la pasividad, de pertenecer a la llamada religiosidad pasiva, tan poco apreciada por la sociedad actual, adicta al activismo galopante. En segundo lugar, porque considero que pertenece a la esencia profunda de la auténtica oración petitoria.

Se trata de lo que yo denomino la plegaria *interactiva*. Se utiliza este adjetivo de reciente cuño para significar la intervención activa de alguien en el resultado de lo que lleva entre manos. Por ejemplo, los televidentes pueden intervenir en el desarrollo y el desenlace de un telefilme, abierto a diversos resultados. Recordemos la ley de la acción y reacción de Newton, según la cual «se genera en sentido contrario una fuerza proporcional a la aplicada». Interactivo es lo que ocurre con el bumerán: que vuelve al que lo lanza. Creo que esta interacción, este billete de ida y vuelta, no sólo puede, sino que debe practicarse en la oración, y en un doble sentido.

La primera aplicación de la oración interactiva consiste en actuar en tándem con Dios de la siguiente manera: pidiéndonos a nosotros mismos lo que le pedimos a Dios. Por poner el ejemplo del «pan nuestro», no basta pedirselo al Padre para todos —no sólo para mí—; he de pedirme a mí y hemos de pedirnos a nosotros, los orantes, hacer todo lo posible por que el pan nuestro llegue a todos, sin excluir a nadie. Ese talante de pedirnos lo que le pedimos al cielo cambia por completo la pasividad oracional en actividad creativa.

Pero no se trata de una innovación, porque está en la misma oración que nos enseñó Jesús. Cuando nos dice: «Pedid al dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies», añade inmediatamente: «¡Poneos en camino!» Claramente Jesús nos advierte que no basta pedir a Dios que vayan otros, sino que hemos de ir nosotros los primeros. Si no, la oración resultaría un salirse por la tangente de la irresponsabilidad, una hipocresía.

Otro caso elocuente. Cuando Jesús nos hace pedir al Padre que perdone nuestras ofensas, nos dice que nos comprometamos a perdonar las ofensas que nos hacen los otros. Le pedimos a Dios el mismo perdón que nosotros practicamos con los demás. Pues bien, se trata de aplicar el mismo principio a todas las peticiones del Padrenuestro y de todas nuestras plegarias de petición. Así, al pedir al Padre que su nombre sea santificado, debemos exigirnos santificar su nombre de Padre, viviendo como hijos suyos adoptivos y como hermanos de los demás. Así, al pedir a Dios que venga a nosotros su reino, hemos de pedirnos hacer todo lo posible por su llegada aquí y ahora en el círculo donde actuamos. «Buscad lo primero el Reino de Dios y su justicia». Así, al pedir al Padre que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo, nos estamos postulando cumplirla en nosotros mismos adaptando nuestra voluntad a la suya en todo lo que hacemos. Así, al pedir a Dios que no nos deje caer en la tentación, nos exigimos evitar las tentaciones, si no queremos ser unos hipócritas. Jesús nos dice: «*Velad* y orad para no caer en la tentación»: las dos cosas. Y finalmente, al pedir al Padre que nos libre del mal, nos pedimos a nosotros mismos liberarnos de las mallas del mal moral que nos esclaviza. Si se reza así, y así hay que rezar, nadie puede tachar la oración de mera pasividad, porque es una actividad fecunda.

Nuestro refranero popular sintetizó esta plegaria interactiva con aquel refrán tan conocido: «A Dios rogando, y con el mazo dando». No se trata de desconfianza, sino de colaboración. Es la misma doctrina que encierra la sentencia de San Ignacio, aplicada a la oración: «Rezar como si todo dependiera de mí, sabiendo que todo depende de Dios». Al fin y al cabo, incluso nuestra voluntad libre es un don de Dios, pero Él quiere que la actuemos como nuestra que es. A fin de cuentas, la oración interactiva es una aplicación de la corresponsabilidad entre Dios y nosotros, un compromiso firme de trabajar codo a codo con Él.

Tony de Mello, en su libro *El canto del pájaro*, nos narra esta anécdota: «Por la calle vi a una niña aterida y tiritando de frío dentro de un ligero vestido y con pocas perspectivas de conseguir una comida decente. Me encolericé y le dije a Dios: —¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para solucionarlas?—. Durante un tiempo, Dios guardó silencio. Pero aquella noche, de improviso, me respondió: —Ciertamente que he hecho algo: te he hecho a ti».

Muchas veces me pregunto: Si Dios es omnipotente y nosotros le pedimos millones de veces que solucione los problemas del mundo, ¿por qué no los remedia? La respuesta me parece que radica en que esa pregunta nos la devuelve Dios a nosotros: ¿Por qué no los solucionáis vosotros? Pero enton-

ces, si los hemos de remediar nosotros, ¿para qué sirve la oración de petición? ¿Dios no hace nada? Sí, Dios nos ayuda a solucionarlos nosotros. No sólo en general, con el don de la libertad y de la inteligencia, sino más en concreto, en cada petición que le formulamos, dándonos la gracia especial para resolver cada caso.

Ahí está la respuesta. El quejarse a Dios por la suerte —la mala suerte— de los marginados, o decirle al necesitado «Dios le ampare» es un alibi para eludir nuestra responsabilidad en el remedio de los pobres, pasándole a Él —como se dice vulgarmente— «la patata caliente» que debería quemarnos en las manos y en la conciencia. La respuesta de Dios a nuestra petición de que Él ampare a los excluidos es: —¡Ampárale tú como instrumento de mi providencia! Al pedir a Dios debemos pedirnos con la misma fuerza lo que le pedimos. La oración de petición es vivir la máxima de los Cursillos de Cristiandad: «Dios y yo, mayoría absoluta».

Confirma mi teoría de la oración interactiva el «amén» con que cerramos la oración del Padrenuestro y todas las que dirigimos a Dios en la liturgia. Porque nuestro «Amén» al final de nuestras plegarias de petición no sólo confirma nuestra fe en que Dios nos va a conceder lo que le hemos pedido, sino que es una afirmación solemne de que queremos contribuir a su realización. «Amén» no sólo quiere decir «Así sea», así se cumpla por parte de Dios lo que le hemos suplicado, sino también así se cumpla por parte nuestra. «El *amén* sanciona un compromiso solemne, preciso e irrevocable. Más que un simple deseo o un asentimiento débil, comporta una responsabilidad (...) El *amén* es el *sí* gozoso y continuo a Dios que nos ama y a su proyecto de amor sobre nuestra vida; expresa la disponibilidad a colaborar en la salvación». (Tullio Benini, *Orar el Padrenuestro*, 1999). Rezar así, interactivamente, la oración de Jesús resulta arriesgado y peligroso.

Pero hay una segunda vertiente característica de la plegaria interactiva. No basta que nos pidamos lo que le pedimos a Dios; hemos de escuchar lo que Dios nos pide, la plegaria que Él nos reza. Para eso, hemos de ser como sonares, siempre abiertos a la Palabra de Dios; hemos de ser veletas sensibles al aire del Espíritu, que suena como, donde y cuando quiere; hemos de ser radares activos para captar las señales que Dios nos dirige; hemos de tener a mano siempre el teléfono móvil en línea directa con el cielo para recibir todos sus mensajes.

Esta actitud está relacionada con la oración silenciosa, que no debe significar aislamiento del ruido externo e interno, sino un silencio activo, para percibir la voz de Dios. Pero, ¿cómo saber que las voces que llenan nuestro silencio interior son divinas y no puro eco de nuestra subjetividad? Basta con

adoptar con sinceridad el talante del profeta Samuel, cuando decía: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

### La oración de Dios a los hombres

**O**TRA fórmula infalible para saber que estamos a la escucha de Dios, y no de nosotros o de otros espíritus, es convertir las oraciones auténticas –refrendadas por la Biblia, la Liturgia y la Tradición eclesial– en oraciones dirigidas por Dios a nosotros. Experiencia peligrosa, además de gratificante, porque nos expone a las peticiones consoladoras y exigentes de Dios. Así, el «Padre nuestro que estás en el cielo» se convierte en un «Hijos míos que estáis en la tierra». Vale la pena glosar la oración del Padre celestial a los hijos terrestres.

«Hijos míos del planeta azul, santificad mi nombre de Padre, viviendo como hijos míos y hermanos entre vosotros, pues todos sin excepción sois mis hijos adoptivos queridos. Trabajad por implantar mi Reino de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, amor y paz en la geografía y en la historia humanas, pues mi Reino no es de este mundo, pero ha de estar en este mundo.

Haced mi voluntad en la tierra como la hacen los santos y los astros en el cielo. Voluntad proclamada en los diez mandamientos de mi ley, que se sintetizan en que me améis como vuestro Creador, Conservador, Bienhechor y Padre, y queráis a los demás como iguales y como hermanos.

Repartíos cada día el pan que tan abundantemente siembro en vuestros campos, de tal modo que no haya literalmente nadie que se quede sin un trozo que llevarse a la boca hambrienta. Escuchad a mi Hijo que os repite: «¡Dadles vosotros de comer!»

Perdonaos vuestras mutuas ofensas, pues todos tenéis el techo de cristal y necesitáis el «hoy por ti, mañana por mí»; pero sobre todo perdonaos para que yo os pueda perdonar, pues mi perdón no puede traspasar la coraza de un corazón blindado de odio y egoísmo.

No os dejéis deslizar por el tobogán de la tentación, de la ley del menor esfuerzo, del «todos lo hacen». Si os sumergís en las tentaciones, ¿cómo voy a libraros del mal uso de vuestra libertad?

Libraos del mal moral, que es superior a todos los otros males, aunque la gente tenga por peor un dolor de cabeza que un pecado. Si no queréis salvaros, ¿cómo voy a salvaros? «Sálvate y te salvaré».

Amén, hijos míos. Así sea. Cumplidlo así para que mi premio sea vuestro mérito, y mi don, vuestro salario».

Cualquiera que practique la oración interactiva comprobará que no tiene nada de pasividad estática, sino que exige una actividad dinámica, que nos tiene en jaque por lo que nos pedimos al pedir a Dios y por lo que Él nos pide por su cuenta.

El catálogo de materias desde donde Dios puede interpelarnos es tan amplio como la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento) y los signos de los tiempos actuales en la Iglesia y en el mundo. Todo es cuestión de ponerse en situación de oyente desde cualquier página de la Escritura o de la Historia contemporánea. Oración interactiva es responder a lo que dice Dios en aquel tiempo con nuestra respuesta en este tiempo. ¿Qué me pide Dios desde este pasaje o desde este acontecimiento? «Habla, Padre, que tu hijo escucha». Puestos en esta tesitura, veremos la relación entre oración y servicio, oración y acción, oración y solidaridad, oración y entrega, oración y justicia, oración y apostolado, oración y ofrecimiento, oración y generosidad, oración y vida.

La otra pregunta es: ¿Qué debo pedirme yo, al pedir a Dios tal cosa, para «ayudarle» a conseguir lo que le estoy suplicando? Si somos «sinceros con Dios» y con nosotros mismos, veremos lo mucho que debemos colaborar con Él en lo personal, lo eclesial y lo social. Se trata de salir de sí para entrar en los planes de Dios. Es la realización de ese diálogo del escritor brasileño Pedro Bloch con un niño, en una de sus obras: «¿Rezas a Dios?, pregunta él. —Sí, cada noche—, responde el pequeño. —¿Y qué le pides? —Nada. Le pregunto si puedo ayudarle en algo». Eso es oración interactiva en estado puro. En resumen, la oración interactiva es la que practica el orante convencido de que pedir es dar.

## Conclusión

LA conclusión, tras analizar la oración interactiva, es que se trata de algo muy arriesgado, sólo para cristianos que se toman en serio el trato con Dios. A veces se ha dicho que el preámbulo «Nos atrevemos a decir», que pone la liturgia antes de rezar el Padrenuestro en la Eucaristía, se refiere a la osadía que supone el dirigirse a Dios con el nombre de Padre. Pero hay otra explicación al hecho de atrevernos a recitar la oración dominical, y es que nos exponemos al riesgo de que Dios nos tome en serio, si nosotros tomamos en serio la oración. ¡Es mucho atrevimiento el exponernos a que Dios nos tome la palabra de que queremos realizar lo que le pedimos y nos pide!